

Benigna fué sin embargo la influencia á que se vió sujeto Washington en su primera juventud, pues viviendo en un dominio rural, aficionóse á todos esos placeres, ocupaciones y trabajos, propios de los que se dedican á la agricultura; y comenzó á gustarle en extremo el género de vida que tanto agradaba á Burke y Webster, los cuales huían de la vida pública para entregarse á los trabajos del campo. No parece sino que hay una notable afinidad entre estas tranquilas ocupaciones y las tareas del hombre de Estado; estudiar la naturaleza y saber luego como aplicar sus leyes, es una noble misión y ofrece un admirable contraste con las agitaciones de la vida política.

»La sociedad de Lord Fairfax, que en los bosques de Virginia ostentaba el brillante esplendor de la vida baronial en Inglaterra, las comisiones que tuvo que desempeñar por encargo del gobernador del Estado, y especialmente, los conocimientos que pudo adquirir en la táctica europea en la desastrosa campaña de Braddock, todo contribuyó á prepararle para su futura carrera. De este modo, llegado á su primera juventud, eran notables su vigor y robustez, los ejercicios de la caza y los trabajos de la agricultura habian desarrollado su agilidad y sus fuerzas y su espíritu de observacion; habíase familiarizado con la táctica guerrera de los indios; sabia evitar los peligros con prudencia, y tenia en fin los distinguidos modales de un hombre de sociedad, el airoso aspecto de un apuesto militar, y la aptitud necesaria para los trabajos de inteligencia. La generosidad de su alma, su modestia, su energía y su valor natural, habian impreso en sus facciones un sello especial por el que hubiera podido conocer un hombre observador que aquel jóven llegaria á ser un hombre de genio y notable por todos conceptos.

»Durante los primeros años de su carrera sin embargo, no ocurrió ningun hecho notable ni encontró persona alguna que lisonjeara sus aspiraciones militares; Braddock se burló de sus consejos; Dinwiddie no hizo caso de sus advertencias, y llegó al fuerte Duquesne solo para encontrarlo abandonado por el enemigo. Secar un pantano, abrir un camino á través del bosque, guiar un peloton de fugitivos, vigilar un puesto, ó socorrer en fin á una guarnicion hambrienta, eran á no dudarlo servicios muy útiles, pero el mérito de ellos, no recaian en él directamente ni daban á conocer bastante la superioridad del jóven Washington. El haberse liberado casi milagrosamente de las balas, de las enfermedades y de otros eminentes peligros, era á no dudarlo una prueba inequívoca del favor de la Providencia, pero su vacilacion y sus dudas en las cuestiones ocurridas entre los oficiales del rey y de la milicia, la falta de disciplina en las tropas, el mal servicio público, los conflictos y los reveses de fortuna, pusieron bien pronto á prueba la paciencia de Washington, de tal modo que pensó seriamente en retirarse y no se hubiera vuelto á presentar á no haber comprendido el grave peligro que amenazaba á su pais. Sin embargo, en todas las escenas de su vida le vemos tranquilo y sereno, como el hombre que sabe dominarse á si mismo, y lo mismo al encontrarse en el fuerte Necesidad, que al pasear en una mañana de verano por las orillas de Potomac distrayéndose en la caza, siempre estaba dispuesto á esponer su salud, su vida y sus bienes para servir á su patria con un desinterés digno de aplauso. Tanto se le apreciaba por su bondad y rectitud, que su parecer en cualquier discusion, su informe á un superior, su consejo ó su censura, se tomaban en consideracion con preferencia.

»Tan identificados estamos con el carácter de Washington y tan persuadidos de que nada empañó el lustre de su gloria, que olvidamos que cuando se encargó del mando del ejército, no era muy conocido ni se creyó su carácter á propósito para el caso; los oficiales que continuamente le trataban, sus compañeros del ejército francés, sus vecinos de Monte Vernon y algunos hombres de Estado que tenian noticias de sus antecedentes, y su reputacion privada, podian seguramente apreciar su integridad, su valor y demás relevantes cualidades; pero la mayoría de los que se alistaron para tomar parte en la gran lucha, y otros muchos que querian ver de lo que era capaz, le consideraban como un jefe extraño. Washington no tenia tampoco entonces esa facilidad natural para adaptarse á las exigencias de unos y otros, ni ese espíritu conciliador, ni esa cortesía diplomática que convirtieron luego al jefe del ejército en un ídolo..... En nuestro concepto, ningun período de su vida fué mas triste que el que trascurrió en los primeros meses en que estuvo á la cabeza del ejército, porque entonces los ambiciosos se burlaban de su prudencia, sus mas íntimos amigos desconfiaban de su capacidad militar, y se le tachó injustamente de ser un hombre poco activo. La tranquila confianza, el profundo sentimiento que revelan las cartas escritas por él durante aquella crisis, dan á conocer cuanta era la nobleza y heroismo de su alma. No era solo el hombre que ansia llevar á cabo arriesgadas empresas, que desprecia los peligros, que tiene sed de gloria y se halla dispuesto á toda clase de sacrificios; era un verdadero modelo de resignacion, y esto lo probó en distintas ocasiones, sufriendo rudas pruebas á que acaso no hubiera podido resistir otro. ¡Con qué nobleza acallaba su resentimiento en la correspon-

dencia oficial; ¡cuán indirectas eran sus quejas en las cartas amistosas, y con qué generosidad prescindió de su amor propio sin mirar otra cosa que los intereses de un pais que no comprendia cuanto iba á necesitar al hombre con quien se mostraba tan injusto!

»Un hombre de mas ambicion lo hubiera arriesgado todo en un desesperado encuentro; un hombre menos digno no hubiera sostenido tan bien su autoridad donde la disciplina militar era tan imperfecta; un hombre mas interesado se habria comprometido quizás irreflexivamente; otro menos celoso habria abandonado su causa poseido de un justo resentimiento, y un hombre en fin cuya vida no fuera tan ejemplar, habria escitado desde luego desconfianza. Solo un hombre de su elevado carácter hubiera podido dominar los elementos de discordia que le rodeaban, concentrando las opuestas ideas del pueblo, y bien puede asegurarse que su ejemplar modestia no fué entre todas sus brillantes cualidades la que menos contribuyó á conciliar los ánimos, cosa tan esencial para el buen éxito de la causa que se defendia. Los divinos cantos del Dante no hubieran podido recordar mejor á los héroes de la edad media que la gran figura de Washington, que tanto por sus cualidades morales como físicas, por sus principios, por sus costumbres é ideas, parecia predestinado por la Providencia á ser el jefe que habia de regir los destinos de América. Por su serenidad en los peligros, por su recto juicio, y sobre todo, por su excesiva moderacion, forma un contraste notable con los demás héroes que se han conocido en el mundo. ¿Qué pedia él como recompensa de la victoria? Conseguir el engrandecimiento de su nacion. ¿En qué fundaba sus esperanzas de obtener un buen resultado? En la

virtud y en el valor de sus conciudadanos. ¿Cuáles eran sus recursos? Nada mas que su rectitud y buenas intenciones. En la situacion que él se hallaba, era tambien una cualidad muy esencial su estremada reserva, y merced al elevado sentimiento de su dignidad, haciase respetar lo mismo del ejército que del pueblo, lo mismo de sus amigos que de sus hermanos de armas, y por su energía, su bondad, su nobleza de alma y sus dotes de mando, apareciase para los mas como un planeta, una montaña, una roca, un faro por el cual todos deseaban guiarse y hácia el que se sentian invenciblemente atraídos...

»En el mundo moral, las cualidades ocultas son las mas vitales: si Washington hubiera sido un hombre frio é impasible, como muchos aseguraban, no habria ejercido seguramente esa influencia personal que ninguno ha llegado á obtener. No respetaban los hombres en Washington al hombre héroe, solo apreciable por su rectitud y leales intenciones, sino á uno cuya alma era tan noble y sensible como agudo su ingenio y enérgica su voluntad; cuya reserva era una costumbre inspirada por una sublime prudencia; á un hombre en fin, que escuchando solo el grito de su conciencia, reconocíase responsable de sus actos á Dios, á los hombres, á su pais y á su raza, y por esto sin duda, mas bien parecia su frente coronada con la aureola del profeta que con los laureles de la victoria. El que se arrodilló llorando junto al lecho de muerte de su hijastra, el que se retorcia los brazos desesperado al ver el inútil sacrificio de sus tropas, el que arrojaba su sombrero al suelo en un momento de mal reprimida cólera al presenciar la cobarde retirada de sus soldados, aquel cuyo rostro se cubrió de rubor cuando trató de contestar á un voto de gracias, aquel cu-

yos labios temblaban al despedirse de sus compañeros de armas, y que abrazaba en fin á un jefe ó á un oficial despues de obtenida la victoria, solo podia haber conservado su serenidad en medio de los peligros merced al inmenso dominio que tenia sobre sí mismo. Despues de retirarse Washington de la vida pública, su carácter no varió en nada, pues siempre predominaban en él los sentimientos humanitarios, la modestia y el heroísmo. Los que iban á visitarle á Monte Vernon decian que su carácter tenia tantos puntos de contacto con el del cortesano de Versailles como con el del labrador de Nueva-Inglaterra, pero es de notar que todos estaban conformes en reconocerle las mismas escelentes cualidades, haciendo el mismo retrato de su persona...

»Para el hombre pensador no deja de haber cierto sentimentalismo en esa misma gravedad que para muchos era un defecto en Washington: ella parecia presagiar durante su juventud que aquel hombre notable ocuparia un elevado puesto, y mas adelante daba á conocer que comprendia cuanta era la inmensa responsabilidad de la mision que se le habia encomendado. Washington parecia reconocer que él era el depositario de la confianza del pueblo, el encargado de dar á conocer sus justos deseos y aspiraciones, ó mejor dicho, el representante de la voluntad nacional, y á esto y no á otra cosa debe achacarse que se mostrara siempre grave y circunspecto; aun cuando estuviera persuadido de su importancia, nunca espermentó Washington el mas leve sentimiento de orgullo ó de vanidad, y muy lejos de esto, sentíase dominado por el temor que asalta á todo hombre honrado cuando encargado de una mision peligrosa y difícil, duda si tendrá suficientes fuerzas para desempeñarla.

No debe olvidarse tampoco que Washington fué el encargado de organizar un Gobierno desconocido en el pais, y empresas como esta bastan para hacer pensar á los hombres vivos de genio; fundar una nueva república constitucional despues de una obstinada lucha, era motivo bastante para que el Presidente de ella y los hombres políticos, en vez de sonreír, se entregaran á graves reflexiones ante la vasta empresa que acababan de llevar á cabo y ante la grave responsabilidad en que incurrian. Al que hace un profundo estudio de la vida de los hombres, le será fácil comprender que la sutileza de un Talleyrand, el genio de un Napoleon, el lenguaje fascinador de un Fox, y otras cualidades relevantes que han distinguido tanto á ciertos hombres del Estado y de la milicia, son esencialmente limitadas cuando á una profunda inteligencia no se une el valor y la constancia. Las facultades intelectuales de Washington estaban sumamente desarrolladas, era además un hombre muy práctico, gran observador, y aunque no entusiasta por lo bello ni dotado de una imaginacion poética, poseia en el mas alto grado ese tacto esquisito, esa penetracion profunda, merced á la que, bastábale una mirada para comprender las cosas y juzgar de los hombres; tenia además ese instinto reflexivo por el cual se formaba una idea exacta de los hechos y las circunstancias con una precision y seguridad tales, que muy rara vez se equivocaba en sus cálculos. Estas cualidades distintivas de su organizacion mental se dieron á conocer desde su primera juventud. Tambien se distinguió siempre Washington por su actividad y su constante afan de mejorar las condiciones del pais, y á esto se debieron seguramente los adelantos en la agricultura, el aumento de riqueza y la facilidad en las comunicaciones. Por lo

que hace á su vida privada, Washington era muy metódico, no tomaba resoluciones alguna sin reflexionar antes detenidamente; al hablar ó escribir media bien sus palabras, tratando de espresarse con la mayor claridad; llevaba sus cuentas con la mayor exactitud; informábase minuciosamente de todos los asuntos; cuando tenia que decidir sobre alguna cuestion, juzgaba con la mayor prudencia, y acostumbraba en fin, á no comunicar á nadie absolutamente sus temores, sus dudas, sus esperanzas ó sus apuros. Su reconocido desinterés, sus consideraciones para con los demás, su moderacion en la victoria, su calma y serenidad en medio de los peligros, su héroeica abnegacion, su ardiente patriotismo, su amor á la religion y á sus semejantes, en medio de las graves responsabilidades que sobre él pesaban, eran asimismo cualidades dominantes en Washington, y bastaria leer sus cartas para comprender cuanta era su dignidad y la nobleza de sus sentimientos. Comparando la correspondencia de Washington con la de Napoleon y su hermano José, se halla un notable contraste y se comprende desde luego cuan distinto era el carácter de estos dos grandes hombres. En la segunda se revela ciertamente el genio militar; pero el amor propio, la arrogancia, la ambicion y el egoísmo se anteponen al efecto fraternal; mientras que las cartas de Washington dan á conocer sus sentimientos generosos cuando trata de reconciliar á Gage con Schuyler, cuando comunica á Reed sus apuros, y cuando en fin se ocupa de los asuntos del Gobierno sin desatender por eso sus importantes operaciones militares.

»Su tranquila serenidad, su espíritu reflexivo, se revelaron particularmente al ocurrir las diferencias entre la madre patria y las

colonias, y seguramente que ninguno de los patriotas de la revolucion se propuso con tanta firmeza como Washington defender hasta el último trance los intereses de su pais. Su escensiva modestia, sin embargo, le hacia desconfiar siempre de si mismo, y esto lo prueba, no solo su vacilacion en aceptar el mando cuando primeramente se le confirió, sino tambien su resignacion en la derrota, su tranquilidad en la victoria, su humildad al empuñar las riendas del Gobierno, obedeciendo á la voz de su patria. Su constante deferencia á la autoridad de todas las Asambleas de Representantes, sus informes, y por último, las sencillas costumbres que observó hasta el fin de su vida. Estas cualidades características son las que principalmente le distinguen entre todos esos patriotas, hombres de Estado y guerreros cuyos nombres recuerda la historia, haciendo á veces exagerados elogios; el estilo pomposo de los modernos republicanos, el orgullo de los Paoli, el egoismo de Marlborough, la ambicion desmedida de Napoleon, eran defectos que no se ocultaban ni aun á los mismos ojos de los admiradores de estos grandes hombres. Parece que Washington no olvidó en su vida por un momento que era responsable de sus actos á Dios y á sus semejantes, y de esto dió pruebas en diferentes circunstancias. Una vez que salió una procesion en honor suyo por las calles de la ciudad, oyó á un niño que decia: «¡Cómo, padre mio! ¿No es el general Washington mas que un hombre?» Al escuchar estas palabras, detuvo su marcha triunfal el ilustre ciudadano, miró al niño con profundo interés, y dándole una palmada en el hombro repuso: «¡Nada mas, hijo mio, nada mas!» Washington fué á no dudarle uno de los pocos héroes que

conservó siempre sus sentimientos humanitarios y generosos, su bondad y sus amistades, sin olvidar jamás sus deberes y sus obligaciones, y esta es una de las cosas que especialmente contribuyeron á su gloria. . . .

¿No es una ventaja para hombres del carácter de Washington la falta de brillantes cualidades mentales? No se necesita hacer un análisis profundo para reconocer la diferencia entre los rasgos que hicieron adquirir á Washington su renombre y su fama, y aquellos á que debieron principalmente sus triunfos, Alejandro, César y Napoleon; el amor al pueblo y á su patria, hacia que se reflejara en el alma del héroe americano esa sencilla magestad, esa moralidad ejemplar, ese desinterés magnánimo y nobleza de sentimientos, que hicieron su nombre querido á la humanidad. Nunca se demostró tan palpablemente que la rectitud y la dignidad son los grandes principios reconciliadores, así de la vida social como doméstica; que son el núcleo al rededor del cual se purifican inevitablemente los elementos de la integridad nacional por muy dispersos y pervertidos que se hallen; y por último, que los hombres verdaderamente amantes de la verdad y esclavos de sus deberes, se convierten, no en deslumbrantes meteoros ni en heroicos conquistadores, sino en oráculos de la fé pública, en representantes de lo que hay mas elevado en nuestra naturaleza, y por lo tanto en una autoridad que debemos enorgullecernos en reconocer. El apelativo aplicado á Washington es una prueba admirable de esto, y da una profunda significacion á la magnífica idea de que, *La Providencia no quiso concederle hijos para que su pais pudiese llamarle PADRE!*»

I. BIOGRAFÍA DE WASHINGTON, POR MARSHALL.

El general Washington era de estatura regular, robusto y de una constitucion vigorosa; estaba acostumbrado á la fatiga y necesitaba hacer mucho ejercicio para conservar su salud. Aunque su exterior revelase la fuerza, eran graciosas sus formas y airoso su continente.

Washington era mas bien reservado que franco, pero sin esa sequedad y rudeza natural en los hombres que poseen esta cualidad de una manera exagerada, pues cuando hacia al caso, demostraba que su conversacion era tan agradable como pudiera exigirlo la mejor sociedad. Toda su persona revelaba desde luego cierta dignidad, pero sin afectacion ni altivez, y aun los que se preciaban de ser sus amigos íntimos, le profesaron siempre el mayor respeto.

Era muy humanitario, benévolo y conciliador; pero heriase al momento su susceptibilidad por la menor cosa que creyera ofensiva.

En sus negocios privados, era un hombre económico; no derrochaba sus intereses en caprichos ó gastos supérfluos, pero su bolsa estaba siempre abierta, tratándose de cosas útiles ó de hacer algun beneficio, ó de socorrer con alguno de esos donativos que la verdadera miseria puede exigir de la opulencia.

No hacia alarde de esa vivacidad que fascina ni de ese talento que impone, y mas sólido que brillante, su buen juicio, y no el genio, constituia la cualidad dominante de su carácter.

Aunque sin ostentar su amor á la religion, era sincero y un hombre verdaderamente devoto.

Como hombre militar, era valeroso, em-

prendedor y prudente: aun los mismos que no querian reconocer en él las elevadas cualidades de un buen general, no niegan que fuese un hombre de mucho valor, y de una firmeza y energía que ni los peligros ni los obstáculos pudieron vencer. Si en su carrera militar no se registran brillantes hechos de armas, se ve sin embargo que merced á sus acertadas y prudentes medidas, adecuadas á las circunstancias se salvó acaso su pais.

Colocado, sin que antes estudiara la teoría, ni aprendiese en la escuela de la esperiencia la táctica de la guerra, á la cabeza de una multitud indisciplinada y sin organizar; sin saber bien cuáles eran sus deberes en el campamento, y sin el auxilio de oficiales dotados de los conocimientos que debia adquirir mas tarde, hubiera sido muy difícil que otro sino él saliera bien en su empresa. Pero Washington era hombre de mucha energía y grandes disposiciones; aprovechaba todas las lecciones de la esperiencia, y si alguna vez cometia errores, reparábalos inmediatamente, adoptando siempre todas las medidas que en su concepto eran mas convenientes. Siendo inferior á su enemigo en las fuerzas, en el equipo y en la disciplina de sus tropas, es á no dudarle un verdadero mérito que jamás obtuvieran sus adversarios grandes ventajas sobre él, así como que tampoco dejara pasar nunca la oportunidad de dar algun golpe de mano importante. A Washington se le ha llamado el Fabio Americano, pero los que comparen sus obras con sus medios de accion, podrán ver que tiene tanto de Marcelo como de Fabio; no podia haber sido mas emprendedor sin poner en peligro la causa que defendia, ni haberse espuesto

mas sin que se le acusara justamente de temerario. Sin confiar en esas casualidades que á veces favorecen las empresas desesperadas, no tomaba ninguna determinacion sin calcular bien antes cuáles eran las probabilidades de éxito; pero cuando se le llamó por segunda vez para conferirle el mando de los ejércitos de los Estados-Unidos, habian cambiado las circunstancias, y resolvió en su consecuencia variar de conducta. Al organizar el ejército en 1798, buscó hombres distinguidos por su arrojo y por su prudencia en el consejo, y proyectó un sistema de continuo ataque: «Al enemigo, decia el general en sus cartas privadas, no se le debe permitir que vaya ganando terreno en nuestro pais.»

En su administracion civil, así como en su carrera militar, dió repetidas pruebas de esa práctica y buen sentido, de ese juicio profundo y esquisito tacto, que son quizá las mas preciosas cualidades del entendimiento humano. Consagrándose á los deberes de su cargo, y sin mas objeto que conseguir el bienestar público, acostumbróse á prever las situaciones críticas en que podrian encontrarse los Estados-Unidos, y trazábase de antemano la línea de conducta que convendria observar. Desconfiando siempre de las primeras impresiones, trataba de adquirir los mas minuciosos informes en cuantos asuntos tenia que resolver, y escuchaba á todos tomando en cuenta las razones que se alegaban en pro ó en contra de cualquiera medida. Suspendia su propio juicio hasta que llegara el caso de tomar una determinacion, y como reflexionaba antes maduramente, rara vez se le hacia desistir.

Respetando, como debe hacerlo el Jefe de todo Gobierno libre, la opinion del pueblo, esperaba de este su apoyo y aprobacion, procurando siempre favorecer sus intereses y

desterrar sus preocupaciones. Aunque la popularidad no fuese para él una cosa indiferente, no le detenia el temor de perderla por llevar á cabo una medida, en su concepto útil y necesaria, aun cuando no lo creyese así el pueblo, mostrando en esto una firmeza que dificilmente se encontraria en un hombre vulgar.

Washington era un verdadero republicano, ardiente defensor de la Constitucion de su pais y de la igualdad en los derechos políticos, pero comprendia que entre una república bien entendida y una democracia, existe la misma diferencia que entre el orden y el caos; en su concepto, la verdadera libertad solo podia conservarse haciendo respetar la autoridad de las leyes y manteniendo la energía del Gobierno. Él opinaba que en la sociedad no era fácil encontrar dos caracteres tan opuestos, dos tipos tan distintos como el del patriota y el demagogo.

No se ha presentado seguramente nunca en la escena pública hombre alguno cuya rectitud fuese tan incorruptible, ni cuyos puros principios se conservaran tan libres del contacto de esas egoistas é indignas pasiones que alimenta el espíritu de partido; no teniendo motivo alguno para ocultar sus opiniones, ni el mas insignificante de sus actos ni aun su correspondencia, ofrecen un solo caso para que alguno de sus enemigos infiriese que era capaz de obrar con doblez. No puede ponerse en duda de ningun modo que siempre sus fines fueron rectos y puras sus intenciones, y ciertamente que pocos como Washington habrán ofrecido al mundo el raro ejemplo de un político, que lejos de recurrir á los engaños y subterfugios, procedia siempre, tanto con los Gobiernos extranjeros, como con sus compatriotas, con la mayor sinceridad y buena fé. Baste decir que su perpétua máxima era que, *la honradez es la mejor política.*

Si Washington era ambicioso, no lo dió al menos á conocer; nunca recurrió á la intriga para favorecer sus intereses personales ni para engrandecerse; los elevados puestos que fué llamado á ocupar por la voz pública, no habian sido solicitados por él, y al aceptar los cargos que se le confirieron, parece que mas bien lo hizo por interés á su pais que por satisfacer su ambicion.

Ni la extraordinaria parcialidad del pueblo americano, ni los pomposos elogios que de él se hicieron, ni la obstinada oposicion de sus enemigos, ni las malignas calumnias forjadas contra él, le impulsaron á variar de conducta.

A esa modestia, innata en Washington, que se hubiera ofendido con la adulacion ó con el aplauso de millones de habitantes, uníase la conciencia de su dignidad personal, y gracias á esto, sin esfuerzo alguno, sabia conservar un término medio entre la arrogancia que hiere el amor propio y la demasiada confianza, que es causa de menosprecio.

No debe ponerse en duda que los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en los Estados-Unidos se deben en parte á Washington y á su inmensa influencia. Si preguntamos á qué causa se debió el feliz resultado de una guerra en contra de la cual habia tantas probabilidades; si preguntamos cómo se pudieron evitar tantos conflictos durante una administracion en que fué preciso luchar con las mas arraigadas preocupaciones; si preguntamos quién fué el depositario de la confianza del pueblo despues de haberse convertido en su ídolo, la respuesta seguramente servirá de leccion para aquellos que buscan la fama y ambicionan la gloria.

Dotado Washington de un recto juicio y de una inteligencia despejada, importábele poco que la atencion pública se fijara en sus actos, y rígido observador de la mas estricta moral, no empleaba nunca otros medios sino aquellos que pudieran sujetarse al mas severo exámen.

III. APUNTES SOBRE WASHINGTON PUBLICADOS EN UN PERIÓDICO INGLÉS EN EL MES DE ENERO DE 1800.

El general Washington contaba, segun creemos, sesenta y ocho años: tenia algo mas de cinco piés de estatura, el pecho ancho, los músculos muy desarrollados, la cabeza pequeña, en lo cual se parecia á la mayor parte de sus compatriotas, los ojos de un color gris claro, y en proporcion á sus facciones, la nariz era grande. Mr. Stuart, el célebre retratista, dijo varias veces que encontraba en su fisonomía algo distinto de lo que él habia observado en la de los demás. Así, por ejemplo, sus pupilas eran las mayores que habia visto en toda su vida y la punta de la nariz la mas ancha; sus

facciones, segun observó el citado Mr. Stuart, indicaban las pasiones mas ardientes, pero, semejante á Sócrates, el gran dominio que tenia sobre sí mismo, le hizo parecer á los ojos del mundo como un hombre distinto de lo que era. No se espresaba con gran facilidad, y á veces vacilaba antes de pronunciar una palabra, mas era solo con el objeto de encontrar otra que indicara mejor lo que él queria decir; su lenguaje sin embargo era elevado, y su conversacion muy interesante sobre todo cuando se trataba de América, porque tenia un gran conocimiento del pais.

Pocas personas se han encontrado en pre-